

piraba apenas. En cuanto á mí, estaba satisfecha y alegre como nunca hasta entonces.

—¿Quieres jugar á pelota? me preguntó. Quédate aquí.

La princesita me colocó en un rincón de la sala; pero en vez de alejarse para arrojarme la pelota, se detuvo á tres pasos, me miró, y, ruborizada, cayó en la otomana tapándose el rostro con las manos.

Al ver á Katia en tal estado, me avancé un paso hacia ella, que dándose á entender que me disponía á salir de la sala, exclamó:

—No te vayas, Netotchka; quédate á mi lado. No es nada.

Y levantándose con presteza, la princesita me abrazó. La pobre tenía húmedas las mejillas, hinchados como cerezas los labios, y los rizos de sus cabellos ondulaban en desorden.

Katia me besaba frenéticamente las mejillas y los ojos, los labios, el cuello y las manos, y nos estrechábamos una á otra cariñosa y gozosamente, como amigas ó enamorados al verse tras larga ausencia.

A Katia le palpataba de tal suerte el corazón, que se oían claramente sus latidos.

En esto y en nombre de la princesa llamaron á Katia desde la pieza contigua.

—Adiós, Netotchka, hasta la noche. Sube y espérame, me dijo la princesita, besándome silenciosamente por última vez y acudiendo presurosa al llamamiento de Nastia.

XVII

Entré de nuevo en mi cuarto, resucitada, y dejándome caer en la otomana, escondí la cabeza en los almohadones y lloré de felicidad. El corazón parecía querer saltarme del pecho, y no sé cómo pude llegar hasta la noche sin morirme.

A las once me acosté, y hasta media noche no se recogió Katia.

La cuai me saludó de lejos, sin decir palabra. Luego, volviéndose hacia Nastia, que la desnudaba lentamente, como de intento, susurró:

—¡Aprisal ¡aprisal

Alma infantil

—¿Qué le pasa á V.? preguntó Nastia á la princesita. ¿Quiere V. decir que el corazón le palpita tan aceleradamente porque ha subido V. presurosa la escalera?

—¡Qué fastidiosa estás, Nastia! contestó la princesita, dando con el pie en el suelo. ¡Aprisa! ¡Aprisa!

—¡Qué impaciencia! profirió la criada dando un beso en el pie de Katia, al que acababa de descalzar.

Por fin la princesita, listo su tocado, se metió en la cama y la criada salió del cuarto.

Apenas hubo Nastia desaparecido, Katia saltó de su cama, se llegó á mí, y soliviándose en la mía, susurró:

—Ven y acuéstate conmigo.

Un minuto después la princesita, encendida como una amapola, me cubría de besos, y yo sollozaba.

—Netotchka, susurró Katia derramando lágrimas, ángel mío, tú no sabes cuánto tiempo hace que te quiero.

—¿Desde cuándo? pregunté.

Desde que mi padre me ordenó que te

pidiese perdón, y cuando ¡pobre huérfanal defendías á tu padre, contestó la princesita besándome la cara y llorando y riendo.

—¡Ah! ¡Katia! dije.

—¿Qué? ¿qué?

—¿Porqué durante tanto tiempo hemos?...

No concluí la frase, pues se me ahogó la voz á impulsos de los abrazos que nuevamente nos dábamos.

—Dime, profirió Katia, ¿qué pensabas de mí?

—¡Ah! contesté, de día y de noche eras tú mi único pensamiento.

—Y por la noche hablabas de mí. ¡Yo te oía!

—¿De veras?

—Y más de cuatro veces llorastes.

—¡Ya ves! ¿Porqué eras tan orgullosa, entonces?

—Porque era más necia. Caprichos y nada más. Siempre estaba enojada contigo.

—¿Porqué?

—Porque era mala. Primero, porque vales más que yo; después, porque papá te prefería. Y papá es bueno, ¿no es verdad?

—Bonísimo, contesté llorando y acordándome del príncipe.

—¡Qué corazón de oro el suyo! articuló seriamente Katia. Pero ¿qué he de hacer con él? Siempre es así... Además me ví obligada á pedirle perdón, lo que me indispuso nuevamente contra tí.

—Yo veía que iban á saltarte las lágrimas.

—Cállate, que en cuanto á llorar, allá nos vamos las dos, dijo Katia tapándome la boca con la mano. Escucha, era mi deseo quererte, pero de improviso me daban ímpetus de detestarte. ¡Y cuidado si te detestaba! ¡Si tú supieses!

—¿Pero porqué?

—Porque estaba enojadísima contigo, sin explicarme la causa de mi enojo; sobre que yo echaba de ver que no podías vivir sin mí, y eso me alentaba á mortificarte.

—¡Qué mala eres, Katia!

—¡Oh amiguita mía! articuló la princesita besándome la mano. Tampoco quería dirigirte la palabra. ¿Te acuerdas del día en que acaricié á Falstaff?

—¡Qué valiente fuiste!

—Sí, y me moría de miedo, dijo Katia. ¿Sabes porqué quise acercarme á él á toda costa?

—¡Qué sé yo!

—Porque tú me estabas mirando. Al ver tus ojos puestos en mí, atropellando por todo me avancé hacia el perro. ¡Qué susto te dí! ¿no es verdad? Díme ¿temías por mí?

—De un modo terrible.

—Ya yo lo veía. ¿No es verdad que al irse Falstaff se te ensanchó de gozo el corazón? Después sí sentí miedo, cuando Falstaff hubo desaparecido.

Katia, al expresarse así, se reía nerviosamente. Luego levantó de pronto la cabeza, hecha un ascua, y me miró cara á cara. En las largas pestañas de la princesita rehilaban algunas lágrimas parecidas á menudos brillantes.

—Pero, prosiguió Katia, ¿qué hay en tí para que yo te quiera tan entrañablemente? estás paliducha, tienes los cabellos de un rubio apagado, los ojos azul celeste, y eres una tontuela, una llorona, una huérfana.

Y Katia, profundamente enternecida, se inclinaba aún más para cubrirme con sus besos y sus lágrimas.

—¡Cuánto te quería! prosiguió la princesita. Pero me propuse no decirte. ¡Testarudez como la mía! ¿Por qué te daba yo miedo? ¿por qué me avergonzaba en tu presencia? Mira ahora si somos amigas.

—Katia, dije en un raptó de felicidad, no sé qué me pasa, pero siento en el alma una angustia...

—Oye, oye, ¿quién te dió el nombre de Netotchka?

—Mamá.

—Ya me lo contarás todo respecto á tu mamá.

—Todo, todo, contesté con efusión.

—¿Qué has hecho de mis pañuelos de encaje? ¿por qué te llevaste la cinta? ¡Vaya un desahogo el tuyo! Todo lo sé.

Yo me ruboricé y me eché á reír.

—No, me dije, voy á mortificarla. Esperará. Y otra vez me dije: No la quiero ni eso, ni puedo verla ni en pintura. ¡Y te mostrabas siempre tan carifiosa! ¡Ah tunan-

tuel! ¡Y el miedo que me daba el pensar que me tuvieses por bobal! Tú eres inteligente, Netotchka, muy inteligente ¿no es verdad?

—¿Qué estás diciendo ahí, Katia? contesté casi ofendida.

—Sí, muy inteligente, prosiguió con gravedad la princesita; lo sé. Cierta mañana, al levantarme, de sopetón te quise con toda mi alma. Me pasaba la noche soñando contigo, y entre mí me decía: Voy á pedir á mamá que me permita vivir abajo, y allí me quedaré. Quería y no quería amarte, ¿estás? Pero llegaba la noche siguiente, y me dormía susurrando: ¡Ah! ¡si Netotchka viniese como ayer! Y tú venías, y yo... yo fingía dormir. ¡Qué desahogadas somos, Netotchka!

—Pero ¿por qué te resistías á quererme?

—Porque... Pero ¡qué digo! ¡si te quería! ¡Si desde un principio te he querido! Después te detesté. Voy á darle un beso, decía para mí, y luego un pellizco que la ponga á morir. ¡Toma! por tonta.

Dichas estas palabras, Katia me pellizcó; luego prosiguió:

—¿Te acuerdas del día que te até la botina?

—¡No he de acordarme!

—¡Claro! ¡si estabas tú tan contenta! Yo te miraba, y me decía á mí misma: «Es una alhaja. Voy á atarle las botinas. ¿Qué va á pensar de mí?» ¡Ah! ¡si hubieses visto qué contenta estaba yo! Y mira, con arder en deseos de besarte, no lo hice. Además, ¡me retozaba por tal manera la risa en el cuerpo! El caso era chusco, y mientras duró el paseo me asaltaron mil descabelladas ideas. Tantos eran mis ganas de reír, que no podía mirarte. ¿Y el día donde por mí pasaste al calabozo? ¡Qué regocijo el mío! Dime ¿tuviste miedo?

—Mucho!

—Yo estaba contenta, no porque te diste por culpada, sino porque en sustitución mía ibas al calabozo. «Ahora se le inundarán de lágrimas los ojos, dije entre mí. ¡Ah! ¡cuánto la quiero! Mañana me la comeré á besos... No te compadecía, eso no, pero lloraba.

—Pues yo no lloré, al contrario, reventaba de satisfacción.

—¿No lloraste? ¡Qué mala eres! exclamó Katia besándome con redoblada efusión.

—¡Oh! ¡qué hermosa eres, Katia!

—¿No es verdad que sí? Bueno, ahora haz de mí á tu antojo. Tiranízame, pellízcame,... dame un pellizco, te lo ruego. Pellízcame, amiga mía...

—¡Qué mala! ¡pero qué mala eres!

—¿Qué más?

—¡Tontuelal!

—¿Qué más?

—¿Qué más? Bésame.

Y llorando y riendo Katia y yo nos besábamos hasta entumecérsenos los labios.

—Netotchka, en adelante vas á dormir conmigo, y pues te place dar besos, nos besaremos. Además, no quiero que estés eternamente triste. ¿Por qué te aburrías tan soberanamente? Ya me lo contarás.

—Te lo contaré todo. Pero ahora no me aburro, yo te lo fío; soy dichosísima.

—Quiero que tengas las mejillas tan sonrosadas como las mías. ¡Ojalá estuviésemos ya á mañana! ¿Tienes sueño?

—Ni pizca.

—Hablemos pues.

Pasamos dos horas más charlando, dos horas durante las cuales nos dijimos lo que Dios sabe. La princesita me confesó que amaba á su padre con preferencia á todos, casi más que á mí; dimos por sentado que la señora Leotard era mujer de prendas, no severa en demasía; hicimos proyectos para el día siguiente y sucesivos, y aun regulamos nuestra existencia para veinte años. Ahí cómo Katia las disponía: Hoy, ella ordenaría y yo obedecería; mañana se trocarían los papeles; más adelante compartiríamos la dirección, y más adelante aun, ella ó yo no las arreglaríamos para desobedecer. Entonces nos incomodaríamos por pura diversión y nos reconciliaríamos á más andar. En una palabra, nos aguardaba una dicha eterna.

Por fin y cansada de charlar, se me cerraron los ojos, y Katia, al notarlo, se burló de mí y me tildó de dormilona; pero la verdad es que se amodorró ella primero. Por la mañana nos despertamos simultáneamente y

nos dimos como á hurto un beso, pues alguien se acercaba, y apenas tuve tiempo de volverme á mi yacija.

Durante el día, como si nos hubiese abrumado la carga de nuestra común felicidad. Nos escondíamos de todo el mundo, tal temor nos infundían las miradas extrañas, y al ver entrar á alguien nos estremecíamos rezelosas de que nos sorprendiesen besándonos.

Por la tarde, después de comer, nos dejaron solas durante una hora, que aproveché para contar mi vida á Katia; y no la referiré aquí extensamente por no ser necesario su conocimiento, aunque vale la pena de ser tratada aparte, como andando el tiempo pienso hacerlo. Voy pues á resumir mis recuerdos en el espacio más breve posible.

«Mi padre, Efimoff, era músico. Primero tocó el clarinete en casa de un rico señor melómano que tenía contratada una orquesta completa. Por desgracia mi padre era dado á la borrachera, de la que no pudo nunca enmendarse, y la cual lo hacía abo

rrrecible. Cierta día encontró á un violinista italiano bastante notable, que le enseñó á tocar el violín, y ambos fueron amigos hasta la trágica muerte del italiano, á quien una mañana encontraron muerto en un foso donde se cayera borracho y víctima de una congestión cerebral.

Desde aquel momento, Efimoff varió de conducta para con su señor, que lo trataba con toda clase de atenciones; se volvió procaz, presuntuoso y exigente, y aun calumnió á su bienhechor: de todo lo cual se originó una explicación violenta. Entonces fué cuando el señor supo con asombro que Efimoff tocaba el violín, y cuando, después de haberlo oído, maravillado de su talento le ofreció que continuase en la orquesta con un sueldo mucho más elevado y como violín primero. Efimoff, henchido de orgullo y ya bajo el imperio de la locura, no aceptó so pretexto de que había decidido trasladarse á San Petersburgo para perfeccionarse en su arte.

Efimoff recibió de manos de su señor trescientos rublos y se puso en camino,

pero en vez de irse á la capital, anduvo de acá para allá por la provincia y en contados meses dió fin á su dinero. Entonces se vió obligado á contratarse en una orquesta de paso, la dejó para entrar en otra, y así y durante siete años llevó una existencia de músico ambulante. Disgustado al fin de su vida nómada, y dándose á entender que era un artista destinado á la celebridad, se trasladó á pie á San Petersburgo, adonde llegó en el más deplorable estado. En la capital, Efimoff contrajo inmediatamente relaciones con Bugarov, uno de los más insignes músicos de nuestros días, de reputación entonces incipiente y que vivía dando lecciones. Bugarov trabajaba sin descanso, con la obstinación y la perseverancia de un alemán, y no tardó en salir de su oscuridad gracias á la protección del príncipe X***.

Perezoso y borracho, Efimoff tocaba raras veces el violín á pesar de los consejos de su amigo, y se abismó más y más en la abyección. Forjándose ilusiones respecto de su talento real pero imperfecto, miraba

como inútil el trabajo y atribuía su desaliento á la pobreza contra la cual ni siquiera intentaba luchar.

Entonces fué cuando Efimoff conoció á mi madre. La cual poseía trescientos rublos reunidos á fuerza de economías durante el tiempo en que desempeñó el cargo de ama de llaves en una casa encumbrada. Efimoff, creyendo que aquellos trescientos rublos le permitieran alcanzar la situación y la gloria por él soñadas, casó con la pobre mujer, que lo amaba apasionadamente y no tardó en llorar su flaqueza.

A la sazón tenía yo tres años, y con ser tan niña comprendía ya muchas cosas. Como no había conocido á mi progenitor, muerto apenas hube nacido, me aficioné apasionadamente á Efimoff, más digo, no tardé en quererlo más que á mi madre. ¿Porqué esta singular preferencia? Indudablemente porque advertí que Efimoff era tan niño como yo.

Persistiendo en la vida estéril y desordenada que antes de casarse llevaba, Efimoff vió pronto el fin de los trescientos rublos,

y, agotados éstos, se cruzó noblemente de brazos.

Yo empezaba á sentir las consecuencias de la miseria y del desacuerdo que reinaba constantemente entre mi padrastro y mi madre. Vivíamos en una buhardilla sin aire y oscura. Mi madre trabajaba para tres y se extenuaba, lo cual no era óbice para que alguna vez llamase el hambre á nuestra puerta. Cuando mis padres disputaban, que era á cada dos por tres, yo me refugiaba aterrorizada en un rincón de nuestra mísera vivienda, y desde allí veía volar la vagi-lla á pedazos, y á mi madre chillar y llorar. Por espacio de horas y medio muerta de espanto no me movía de mi refugio.

Cierto día, mi padre encontró á Bugarov, que vino á vernos y procuró á aquél colocación en una orquesta de ópera. Mi madre, que tenía fe en el talento de Efimoff y lo amaba á pesar de todo, creyó que nuestra mísera existencia iba á mejorar y tuvo un alegrón. Aquella bonanza duró apenas tres ó cuatro meses. Efimoff difundió contra Bugarov las más odiosas calumnias, y estu-

vo arrogante é insolente con el director de orquesta, con quien se enemistó, y por fin lo despidieron del teatro.

Durante algunos años continuamos viendo del trabajo de mi madre, y Efimoff, para dar vado á su borrachera, con frecuencia me pedía el dinero que me proporcionaban mis comisiones, llegando á tomar sobre mí un ascendiente tan extraordinario, que no siempre me atrevía á decirle que no, á pesar de los apuros que de ello habían de originarse para mi pobre madre. Para recompensarme, Efimoff me mostraba su violín, y me decía que él era un gran artista, y que más adelante seríamos dichosos y viviríamos en una casa hermosa donde nuestra vida se deslizaría en el lujo y en la molicie. Yo daba crédito á cuantas mentiras me decía Efimoff, cuanto más que me las decía de buena fe, pues su locura era incurable: el día que podía sanar de ella murió.

Interin, mi padrastro me enseñaba á leer y me contaba historias, lo cual me abrió la imaginación, hasta entonces comprimida

por la dolorosa realidad, á las divagaciones doradas y consoladoras.

A la edad en que los niños sólo ríen y juegan, me entregaba yo á profundas meditaciones, me ensimismaba, y aquella reflexión precoz desenvolvía en mí una sensibilidad enfermiza y exagerada.

El desenlace iba llegando. Schurmann, el violinista universalmente aclamado, llegó á San Petersburgo para dar una serie de conciertos. Mucho antes de la llegada de aquel artista, Efimoff se puso fuera de sí. Y aquí viene de molde manifestar que mi padrastro no faltaba á ninguna audición de este género y que siempre salía de ellas convencido de que él era muy superior á todos los demás violinistas eminentes. Tres ó cuatro días antes del primer concierto de Schurmann, mi padrastro encontró al príncipe y á Buvarov, que quedaron en enviarle un billete, pues los asientos costaban un ojo de la cara. Efimoff, no sospechando esta generosa intención y queriendo á toda costa oír al gran músico, á puros ruegos me había decidido á darle quince rablos de otros que

mi madre me entregara para compras. Con ser espantosos mis remordimientos, cometí acción tan villana, y pocos minutos después y en el instante en que el criado del príncipe trajo el billete, padecí un violento ataque de nervios. Mi madre, volviendo á forjarse ilusiones respecto del talento de su marido, en quien el príncipe parecía querer ocuparse, tornó á perdonarlo, adivinando que á nadie más que á él había que achacar la desaparición de los quince rublos, que dicho sea de paso no volvieron á parecer; pero no le perdonó que hubiese pervertido á su hija.

Efimoff se vistió en un santiamén, pues el concierto empezaba á las ocho y eran ya las siete, y una vez se hubo salido, mi madre me llamó junto á sí, me acarició largamente y susurró: «¡Pobre hija mía! ¿qué será de tí sin mí? ¿qué será de tí, sin Netotchka?» Y al decir esto, la pobre lloraba, y yo lloraba también y sentía una tristeza abrumadora.

Mi madre, que hacía algunos años que estaba enferma, y agotaba en el trabajo, para

sustentarnos, las pocas fuerzas que le quedaban, no pudo resistir más, y se acostó y me encargó que yo hiciese lo mismo. Obedecía, pero no pude pegar los ojos sino tras largas horas de calenturiento insomnio, tal era mi malestar. Mi madre había dejado encendida la bujía y la llave en la cerradura, como hacía cada vez que mi padre tenía que recojerse tarde.

Mediada la noche me despertó una horrible pesadilla. Mi padre estaba delante de mí, con su violín en la mano, y al disponerse á tocar, mudó de parecer, se acercó á la cama de mi madre, se inclinó hasta ella y en esta actitud pasó inmóvil algunos minutos que lo fueron para mí de agonía, pues no sabía qué significaba aquello; después Efimoff pasó las manos por las sábanas y tanteó resueltamente. Al enderezarse aquél, me espantó la palidez de su rostro, y miré á mi madre, que estaba profundamente dormida y cuyo cuerpo resaltaba con rigidez bajo la delgada cobertura. Sin que yo pudiese explicarme la causa, me llamó poderosamente la atención su inmovilidad y la

observé pacientemente en la esperanza de que no tardaría en moverse; pero no, no se movió.

Efimoff se llegó al armario, se escanció medio vaso de vino y lo apuró de un trago; luego tornó á la mesa, y al arrancar de su violín las primeras notas, varió de posición, se volvió hacia la puerta para no ver la cama, y de improviso empezó á tocar. Al oírlo, la emoción se enseñoreó de mí. No eran los de aquel violín sonidos como suele exhalarlos tal instrumento, sino suspiros, sollozos, lamentos desgarradores que á borbotones pasaban por debajo del palpitante arco. Sin fuerzas para soportar largamente aquella música desesperada, dí una gran voz, salté de la cama y me eché en brazos de mi padre, que metió su violín en el estuche y me dijo:

—Es hora de ponernos en camino, ven Netotchka.

Aparejé presurosa un envoltorio que cerraba mis pobres vestidos, mientras Efimoff se metía en las faltriqueras cuantos objetos menudos halló á mano, con ade-

manes de loco que me hacían estremecer.

—¿Y mamá no se viene con nosotros? le pregunté cuando todo estuvo listo.

—Vé y dile adiós, contestó mi padre; está muerta.

Esta revelación me heló de terror, con haber tenido yo un como presentimiento de tal desgracia.

Lleguéme á mi madre, ya completamente crispada y con el rostro amoratado.

El terror me anudó la voz, y de haber podido exhalarla hubiera sido para decir á mi padre:

—¡Vámonos! ¡vámonos!

Efimoff me asió de la mano, y al cruzar conmigo el umbral, se detuvo y me dijo con gravedad:

—Ven á rogar por el alma de tu madre.

Volví á entrar en el cuarto y me arrodillé al pie de las imágenes; pero, transida de miedo, no pude orar.

—Salgamos, salgamos, ya es hora, dijo por fin mi padre.

El cual, como si se le hubiese ocurrido un nuevo pensamiento, se pasó repetidas

veces la mano por la frente, tiró del cajón de la cómoda coja, y cogiendo el dinero que aun quedaba, me lo deslizó en mi corsé y aun sobre la piel, haciéndome estremecer el frío contacto del metal.

Descendimos definitivamente por la escalera, y al pasar por delante de la portería, mi padre alivió el paso, temeroso de que le preguntasen el porqué de su salida nocturna.

Ya en la calle, Efimoff apresuró de tal suerte el paso, que apenas pude seguirlo, y, para no quedarme rezagada, me así de su gabán.

Tras media hora de fatigosa carrera nos detuvimos en el malecón del canal, y mi padre se sentó en el parapeto.

—Está mal hecho dejar sola á mamá, dije. Es preciso que nos volvamos atrás y que busquemos quien la vele.

—Dices bien, Netotchka, profirió Efimoff, vé volando; yo te espero aquí. En casa hay luz y no tendrás miedo. Luego vuélvete.

—Volveré, espérame, dije.

Como estaba nevando, me asustaba irmé

sola en medio de la oscuridad de la noche; pero no cabía otro remedio; abandonar á mi madre de aquella suerte, era un sacrilegio.

Hacía un frío horroroso, frío que me había llegado á los huesos no obstante la precipitación de nuestra fuga.

Dirigí por última vez una mirada de súplica á mi padre y crucé la calzada; pero cuando al llegar á la acera de enfrente volví el rostro para ver á mi padre... lo divisé lejos, corriendo en dirección opuesta. Entonces dí una gran voz y me disparé tras él, llorando, llamándolo desesperadamente, sin que se detuviese ni me contestase.

—¡Padre! gritaba yo, ¡padre! si nada más quieres saber de mí, me volveré al lado de mi madre, pero dame un beso, el último... ¡Me prometiste tantas veces llevarme contigo y que nos trasladáramos á una casa hermosa!...

Yo estaba jadeante, me ahogaba y me blandeaban las piernas. Efimoff se hallaba ya á tal distancia, que no me sentía con ánimos de alcanzarle; pero al verlo doblar

la esquina de una calle, llamé á mí todas mir energías y auudé mi carrera.

Al llegar á la mitad de la calle mis cansados pies tropezaron en una piedra, y, resbalando, dí conmigo en la nieve.

Frió sudor me heló todo el cuerpo, sentí un dolor espantoso en el lado izquierdo de la cabeza, y por mi rostro se deslizó un líquido caliente. Al cabo de mis fuerzas físicas y morales, me desmayé...

Al abrir de nuevo los ojos, ví en mi presencia al príncipe, tu padre, que me había recogido á la puerta de su palacio y me hizo cuidar. Poco después te conocí, Katia, y te quise de toda mi alma. Esta es mi historia.»

—¡Desventurada amiga mía! ¡triste huérfanal me dijo la princesita abrazándome y cubriéndome de lágrimas y besos. ¿Y Efmoff? ¿qué fué de él?

—Dos días después lo encontraron loco en el campo y lo encerraron en un manicomio, donde no tardó en morir.

—¡Qué mala eres! exclamó Katia profundamente conmovida. ¿Porqué no me con-

taste antes todo eso? ¡Te habría querido tanto! ¿Conque entonces ibas á compras?

—Sí, y á las veces los chicos de la calle me pegaban para quitarme el dinero.

—¡Ah malvados! Si doy alguna vez con uno de ellos, con el látigo de Falstaff lo azotaré, exclamó Katia chispeándole de indignación los ojos.

Así trascurrieron aquel día y el siguiente, y era tal mi gozo, que pensé morir de resultas; pero mi dicha no había de ser duradera.

La señora Leotard tenía orden de comunicar á la princesa cuanto mi amiga y yo hacíamos, y bastáronle tres días de observación para acumular prueba sobre prueba. Entonces se abocó con la princesa y le contó que vivíamos en una como caleatura, que nunca nos separábamos, que nos prodigábamos los besos, que llorábamos y reíamos como locas y charlábamos incesantemente, todo lo cual antes no sucedía. La señora Leotard no sabía á qué atribuir aquella mudanza, pero parecía que la princesita se hallaba en un estado crítico y que sería

preferible no dejarnos á solas con tanta frecuencia.

—Ya yo lo sospeché hace tiempo, dijo la princesa. Siempre supuse que esa huérfana nos daría qué sentir. Ejerce un influjo evidente en el corazón de Katia.—¿Dice V. que mi hija la quiere mucho?

—Con locura.

La princesa, despechada y ya celosa de mí, se puso encendida y exclamó:

—Eso no es natural. Al principio se miraban una á otra con la mayor indiferencia, y en verdad me placía que así fuese. Con ser Netotchka todavía una niña, nada puede garantizar de ella. Con la leche maternal puede haber mamado principios depravados. Mil veces he propuesto al príncipe que la alejase encerrándola en un colegio. No quiero pasar de hoy; es preciso que Netotchka se vaya, de todo punto preciso.

XVIII

La separación quedó decidida.

En vano la señora Leotard intentó defenderme.

Katia recibió aviso de que hasta ocho días después no volvería á verme. Esto lo supe por la noche, y la nueva me anonadó. Parecíame que, después de lo pasado entre ella y yo, Katia no podría soportar semejante separación.

El príncipe vino á verme al otro día, y prodigándome frases de consuelo se esforzó en reanimar mi esperanza; pero todo había acabado definitivamente para nosotras. La princesa estaba inquebrantablemente decidida.

Tres días hacía que me minaba el dolor cuando Katia me envió por conducto de su doncella el siguiente billete:

«Te quiero con todo mi corazón, y no pienso sino en la manera de volver á verte. No llores pues, alma mía, y escríbeme que me correspondes. Esta noche he soñado contigo, Netotchka. Te envió dulces y ternísimos besos. Adiós...»

Contesté á Katia en igual estilo, y pasé el día derramando lágrimas sobre el billete á ella destinado.

La señora Leotard se mostraba muy so-

lícita para conmigo y se arrepentía de lo que había dicho. Pero yo estaba inconsolable y á cada punto interrogaba á Nastia, nuestra criada, respecto á cuanto hacía y decía mi amiga.

Una mañana recibí aviso de que el príncipe me estaba esperando en su gabinete, y temblando de alegría y de emoción acudí apresurada al llamamiento.

El príncipe no estaba solo. Apenas abrió la puerta, Katia me abrazó, y sentándose luego en los muslos de su padre, lo cubrió de caricias, tan atolondradamente, que ambos cayeron en la otomana.

—¡Locuelal ¡locuelal exclamó el príncipe.

—¡Qué bueno eres, papá! dijo Katia.

—Pero ¿cómo ha nacido en tí esa apasionada y súbita amistad, hija mía?

—¡Ah! papá, cállate, ¿qué sabes tú de nuestras cosas?

Dijo la princesita, y nos abrazamos llorando.

Katia había enflaquecido grandemente en aquellos días, y al observarla con ansie-

dad y al verla tan pálida, no pude reprimir los sollozos.

De pronto Nastia llamó á la puerta. Venía en busca de Katia por orden de la princesa.

Katia, al pensar que iba á separarse de mí se puso como una difunta.

En cuanto al príncipe, al parecer afligidísimo, exclamó:

—Hasta más ver, hijas mías; aquí nos reuniremos todos los días; bendígaos Dios.

Dichas estas palabras, el príncipe salió del gabinete.

¡Ay! ni siquiera habíamos de conservar aquella alegría.

El príncipe se vió obligado á trasladarse repentinamente á Moscou á causa de haber caído allí gravemente enfermo su hijo Sacha.

Fué, el siguiente, un día de lágrimas, un día de despedida.

Como era irremisible la salida de la familia, á Katia y á mí nos permitieron darnos mutuamente el adiós.

El coche de viaje esperaba al pie de la escalinata.

Katia estaba abatida, yo loca de dolor; y es que se iba algo por mí querido, que se iba lejos un pedazo de mi corazón, y echaba de ver que mi vida continuaría así, sin esperanza ni amistad, y las lágrimas me ahogaban. Katia comprendía eso como yo, pero quizá más nerviosa, no podía llorar. Llévonsela desmayada.

Yo iba al lado de la princesita, sin saber si pensaba, y la cubría de besos y lágrimas.

De improviso Katia abrió los ojos, y al verme exclamó:

—No llores, Netotchka mía, no te aflijas por mí, volveré dentro de un mes y ya no volveremos á separarnos... Adiós...

Al pronunciar estas últimas palabras, mi amiga se reía de un modo extraño.

La princesa, que iba á nuestro lado, y á la cual la molestaba é irritaba aquella escena, no pudiendo irse á la mano profirió:

—Ea, basta. Nos vamos, Netotchka.

Y tiró de Katia, que arrancándose de su madre, se llegó á mí y me dijo palpitante:

—Tú eres mi vida. No te digo adiós, Netotchka, sino hasta la vista.

Nos dimos un postrer abrazo, y la princesita partió, partió para largo tiempo, llevándose consigo todas las ilusiones de mi triste infancia y la mitad de mi alma, sin que tal vez nunca jamás lo haya sabido...

XIX

Katia, pues, había salido de viaje, dejándome más sola y más huérfana que nunca.

A pesar mío entré en otra existencia, y cual esquife sacudido por el mar, me abandonaba á la ola que me arrebatava.

El viaje de la familia del príncipe á Moscou fué para mí un acaecimiento de trascendencia.

Me quedé sola con la señora Leotard.

Quince días después recibimos carta del príncipe, en la cual éste nos comunicaba que el regreso de la familia quedaba aplazado para fecha indeterminada. El ama de llaves no podía, por razones particulares, trasladarse á Moscou. El príncipe, que la tenía en mucha estima, escribió á su hija mayor,

Alejandra Michailowna, que nos acogiese á las dos en su casa.

De Alejandra Michailowna no he hablado todavía, porque sólo la había visto una vez. Era hija del primer matrimonio de la princesa, casada en primeras nupcias con un asentista. Antes de unirse al príncipe, aquélla hubiera querido casar á su hija, lo que no era fácil, dada la cortedad de su dote; pero por fin y tras cuatro años de impacientes pesquisas, halló para Alejandra un marido más viejo que ella, pero rico y noble.

Al principio de esta unión, la princesa visitaba á su hija dos veces al año; el príncipe iba á verla todas las semanas con Katia; pero pronto la princesa se disgustó de que esta última viese con tanta frecuencia á su hermanastra, lo cual obligó al príncipe á llevársela á hurtadillas. Katia quería mucho á su hermana, con tener ambas el carácter diametralmente opuesto. Alejandra Michailowna tenía á la sazón veintidós años, era plácida, carifiosa y amante, y desde luego echábase de ver que en su alma germinaba la tristeza; en sus delicadas fac-

ciones se traslucía una pena íntima. La seriedad no armonizaba con su rostro angelical, como el luto no armoniza con la niñez. Mirarla y sentir por ella una simpatía profunda era todo uno. Siempre estaba pálida y predispuesta á la tisis, y gracias á haber vivido largamente en la soledad, huía del mundanal bullicio.

Me acuerdo, como si fuese ahora, del modo amable como nos acogió á la señora Leotard y á mí. Inmediatamente vi en ella á la hermana de Katia, y oprimiéndoseme el corazón, conmovida, la besé con dolor, y me zumbó otra vez en los oídos la palabra: «¡Huérfana!»

Alejandra Michailowna me exhibió la carta del príncipe en la cual nos recomendaba á ella. Mi bienhechor hacía votos por mi felicidad y me inducía á querer á su hija mayor que me trataría bondadosamente. Katia también me escribía algunas líneas para hacerme sabedora que no se apartaba de su madre.

Ahí cómo entré en una nueva familia, en una nueva casa, arrancándome por segunda

vez á cuanto me era caro, á cuanto se había identificado conmigo. Llegaba allí con el alma transida de dolor y ya fatigada de la vida.

Mi nueva existencia se desenvolvió tranquila y sin incidente, como en un convento. Viví en casa de mis protectores más de ocho años, y no recuerdo que durante todo este tiempo se hubiese celebrado en aquella vivienda ni una tertulia, ni una comida, ni una reunión de parientes ó de amigos. De vez en cuando comparecían dos ó tres personas, entre ellas el violinista Buvrov, y algunas otras para hablar especialmente con el marido de Alejandra Michailowna, ocupadísimo en sus negocios y consagrado poquísimos tiempo á su familia; numerosas relaciones á las cuales tenía que atender, le obligaban á frecuentar la sociedad. Hablábase mucho de su ambición, pero tenía fama de hombre formal; ocupaba una posición social bastante encumbrada, y no le eran contrarios el buen éxito y la fortuna, por manera que la opinión pública le era favorable. De él decían mucho, y muy poco

de su mujer, que vivía en la mayor soledad y parecía estar satisfecha.

Alejandra me quería como una madre, y yo, todavía triste, con el corazón lacerado por mi separación con Katia, me arrojaba con vehemencia en sus brazos, que se abrían para consolarme. Siempre más la he querido como á una madre, una hermana y una amiga.

No obstante las apariencias, pronto eché de ver que á Michailowna le faltaba mucho para ser feliz. El curso tranquilo de su existencia, era como una capa de nieve que cubre un volcán aun no del todo apagado. Ni la suavidad de su sonrisa era parté á disimular completamente la pesadumbre que le torturaba el alma.

Al principio no me gustaba el marido de Alejandra Michailowna, hombre de aventajada estatura, delgado, frío, con los ojos enteramente escondidos tras unos lentes azules, y como de intento. Nada comunicativo, aun para con su esposa mostrábase glacial y adusto como un inglés. Reservado, raras veces daba pie á una conversación, y

en ocasiones la sociedad se le hacía insoportable. No hacía caso alguno de mí, y si el acaso nos reunía á los tres en el salón, me turbaba y buscaba donde esconderme. Si á hurto miraba yo á Michailowna, la veía observar ansiosamente los ademanes y actitudes de su marido, siempre recelosa de no agradarle y teniendo en sus palabras alusiones que me era imposible adivinar.

Alejandra desplegabá toda su gracia y toda su voluntad para ser agradable á su marido, y de antemano desesperaba de conseguirlo. Se esforzaba menos en halagarlo en lo que ella hacía que en mendigar su aprobación, y se regocijaba á la más leve sonrisa que podía arrancar á aquella naturaleza apática y fría, pero ni aun en este caso su gozo era cabal ni conseguía ahuyentar la constricción ni la tristeza que los separaba. Sólo cuando su marido se iba, volvía Alejandra á mostrarse alegre y bondadosa; entonces hablaba conmigo de todo, como con una amiga. A las veces hablábamos de él, pero nuestra conversación se reducía á las preguntas que alusivas á él

me hacía Michailowna. «¿Realmente me ha dicho esto ó aquello? ¿Parecía estar satisfecho?» y nada más.

También interrogaba Alejandra á los criados, preguntándoles dónde el amo había pasado el día, y si había dado alguna queja.

A mí me admiraba extraordinariamente aquel afecto. Con ser niña comprendía claramente que las cosas no tenían que pasar de tal modo entre marido y mujer. Me perdía en conjeturas, y no hallando salida, dejaba trascurrir los días y me acostumbraba á la solemne tristeza de aquella casa.

Apenas si un que otro rayo de alegría iluminaba las negruras de aquella monótona existencia.

En ocasiones Pedro Alexandrowitch se mostraba más atento que solía para con su mujer, correspondiendo á sus amabilidades con una sonrisa ó una frase cortés y rogándole que se sentase al piano. Cuando esto sucedía, Alejandra tocaba algún baile que alegraba la velada de invierno. Sin embargo, esto era rarísimo; nuestra vida casi monacal se deslizaba uniforme, sin un solo

acontecimiento, y acabé por acostumbrarme á ella y á encontrarle cierto goce.

Al par que crecía de cuerpo se me desenvolvía la inteligencia, y en mí se despertaban nuevas sensaciones que me distraían de cuanto me traía preocupada. Por otra parte yo quería grandemente á Michailowna, y por discreción no me atrevía á profundizar la razón de su eterno disgusto.

Alejandra se mostraba agradecida á mi afecto, y cuando por la expresión de mi rostro echaba de ver que me roía la zozobra, se sonreía al través de sus lágrimas y se chanceaba sobre su propia tristeza, ó se esforzaba en persuadirme que vivía feliz y contenta, que la halagaba en el alma el cariño y la amistad con que todos la trataban, y que prescindiendo de los sinsabores que le ocasionaba Pedro Alexandrowitch, era dichosísima.

Con todo eso, al verter estas últimas palabras no podía menos de llorar con amargura.

XX

Como dije, Alejandra Michailowna me quería entrañablemente, y se complacía en compartir conmigo su soledad, consagrándome todo el tiempo que le dejaba libre su hijito, hermoso niño no de un año.

Indudablemente para distraerse, Alejandra se metió en la cabeza instruirme, sin temor á la competencia de la señora Leotard, á quien los esfuerzos de aquélla hacían sonreír.

Con efecto, Michailowna quería enseñarme todas las ciencias, pero á la vez, por manera que yo me quedaba *in albis* y aun ella hacía un revoltijo de sus explicaciones.

La señora Laotard opinaba que las lecciones adolecían de falta de método, y que el libro de que mi nueva maestra se valía dejaba que desear; pero á todo suplía una buena voluntad inquebrantable, y en mucha parte el afecto mutuo.

Mi protectora se preocupaba poquísimamente con la pedagogía; no había hecho sino ad-

vertir que para instruirme bastaba comprender la índole de mi talento y cautivar-me la atención; y decía bien, como los hechos no tardaron en demostrarlo.

Desde el principio desaparecieron las relaciones jerárquicas de discípula á maestra. Estudiábamos como dos amigas, y aun con frecuencia como si yo enseñase á Michailowna, sin que yo sospechase su estratagema. Por ejemplo, si se suscitaba una discusión entre las dos, me era preciso probar la exactitud de mi parecer, en lo cual me esforzaba, y guiada, sin advertirlo, por Alejandra. Y cuando por fin se me presentaba claro el punto discutido, adivinaba simultáneamente la superchería de mi maestra, á la cual debía también el sacrificio que de gran parte del tiempo me hacía. Terminada la lección le echaba los brazos al cuello y la cubría de besos.

Mi excesiva sensibilidad asombraba y enternecía á Michailowna, la cual me interrogaba atentamente sobre mi pasado, anhelosa de conocerlo por mi boca, y cada vez, concluido mi relato, se acrecentaba su

ternura para conmigo y su gravedad, pues mi triste infancia le inspiraba compasión y aun diré respeto.

Largas conversaciones seguían á tales confidencias, que entonces se me presentaban bajo otra faz y de las cuales yo sacaba doctrina para lo venidero.

A la señora Leotard le parecían excesivamente graves aquellas conversaciones, y á las veces, al verme llorar, entendía que mis lágrimas no eran oportunas. No opinaba yo así.

Tras cada lección sentíame ligera y enternecida como si mi existencia hubiese sido una no interrumpida cadena de felicidades. Además estaba agradecidísima á Michailowna á quien quería más y más.

A primera hora de la mañana, Alejandra y yo nos reuníamos en el cuarto del niño, lo vestíamos y nos divertíamos con él enseñándole á hablar; en cuanto á mí, me placía por manera imponderable dar de comer al angelito y jugar con él á madres.

El estudio, el paseo, las conversaciones y la música se compartían el resto del día,